



DAIRA GALEANO PALACIOS

Estudios de Lengua Castellana y Literatura, Universidad de Nariño. Ha publicado los libros "Cáscaras de Limón" y "En ti Carmela". Autora de los libros "Canciones sin guitarra", "Mujer Sureña" y "Chispumlalala" (inéditos). Ha publicado en las revistas Kollpa (Perú), Awasca, Susurros, Expresiones, Urcunina (Colombia).

LA CHALINA DE MAMITA SEÑORA

In memoriam
RUTILA MONTERO

Cuando yo era pequeña creía que las chalinas eran tan pesadas que mi abuelita se cansaba mucho cuando usaba una de ellas. Pasaron los años y al crecer me di cuenta que efectivamente la chalina pesaba toneladas, porque cada hebra se llenaba de la paciencia y ternura de la pequeña mujer que la llevaba puesta. Es que Mamita Señora era una mujer menuda, no medía más de 1.50 de estatura, pero sus historias alcanzaban la cumbre de lo infinito, por la sencillez de sus palabras y la dulzura de su voz al momento de contarlas.

Nunca quiso decirme como se enamoró de mi abuelo, cuando le preguntaba de su noviazgo o de su matrimonio, ella muy elegante comenzaba a recordar sus largas caminatas hasta llegar al Chorro, lugar donde se llenaban de agua los puros, porque esa era la única manera de tener agua en casa.

Gracias a sus historias aprendí que era necesario caminar largo largo, para llegar a la Iglesia del pueblo y escuchar la misa. Un día me dijo que la visita al Santuario de las Lajas era un viaje esperado por todas las muchachas de su tiempo, para este paseo se preparaba el avío, compuesto de papas y yucas al vapor, choclos y cuy asados, sin olvidar nunca el ají. Mamita Señora decía que todo el avío se envolvía en hojas de plátano, porque así llegaba tibiecito y con rico olor a campo.

Siempre amorosa, solía acompañar sus relatos con pan de suelo y una taza de café, muy caliente. Nosotros, soplando soplando, nos tomábamos todo el café, porque sabíamos que luego nos iba a dar pirulís y galletas en forma de animalitos, de esas que compraba en el mercado del Potrerillo. Fue muy bonito escuchar tantos pasajes de la vida de Mamita Señora, sobre todo porque mientras la escuchábamos, nos gustaba jugar en la mecedora y corretear por toda la cocina a los cuyes pequeños, a los cuyes malticos como decía ella. La abuelita muy paciente nos dejaba jugar, al pasar por su lado nos acariciaba el cabello y sonreía complacida.

Mamita Señora ya no está, se fue a una caminata, cerca de las Lajas, más allá de la vertiente del Chorro, de ese paseo muchos dicen que ya no se regresa ¡Cómo la extraño!... Ahora únicamente me acompaña una de sus chalinas, grande, color ocre con una franja azul, ideal para el clima de mi tierra natal... También ideal para este clima de nostalgia que experimenta mi corazón cuando la recuerdo. Abrazo su chalina y todavía encuentro en ella las miguitas de felicidad que caían de sus ojos cada vez que me miraba.

-La bendición Mamita Señora.

-El Señor la bendiga mijita.

